

Trafalgar, 34. La casa de la infancia de Irene Falcón



Irene Carlota Berta Lewy Rodríguez nace el 27 de noviembre de 1907 y pasa los primeros años de su vida en el número 105 (entonces) de la calle de Fuencarral. Al parecer, su padre, un judío polaco que tenía un comercio de aparatos de luces y juguetes, era persona muy culta, además de multilingüe y ateo. En palabras de la propia Irene, “mi padre debía de ser un señor muy listo y muy buena persona que, además, tuvo siempre el bendito empeño de que sus tres hijas estudiaran”. Ese empeño debió de ser compartido por su madre y su “obsesión de que sus tres hijas estudiaran y trabajaran” (*Asalto a los cielos*, Madrid, 1996). Carmen, Irene y Enriqueta empezaron a hacerlo desde muy pronto en el Colegio Alemán ubicado no lejos de la calle de Almagro, en régimen de enseñanza mixta y bajo unas orientaciones pedagógicas de neto carácter krausista.

Con la muerte del padre en 1913, la madre debió de verse obligadas a alojarse en una vivienda de menor categoría, a alquilar habitaciones y a financiar los estudios de las niñas con becas: es así como llegaron a uno de los terceros del 36 (entonces) de la calle de Trafalgar.

Acabado el bachillerato en 1921, el director del Colegio Alemán le propone a Irene trabajar con Cajal como traductora, intérprete y bibliotecaria. Al parecer, tenía un trato fácil con el equipo de colaboradores del maestro (médicos, preparadores), con los que hablaba con frecuencia de política, de literatura y de arte (a través de uno de ellos, conoce la vanguardia soviética y comienza a devorar a los clásicos rusos).



Irene Falcón en 1929



César Falcón hacia 1920 (a la derecha, Mariátegui)

Algo antes, hacia mediados de diciembre de 1919, había llegado a Madrid César Falcón, tras el exilio de su Perú natal y un largo viaje por varios países europeos. César se va de pensión a Trafalgar 34, y ahí se iniciará un *amor fou* entre ambos. Muy bien inserto en los medios literarios, periodísticos y políticos del Madrid de entonces, César no hará sino reforzar los vínculos de Irene con ese mundo cultural: las tertulias de café, el Ateneo de Madrid, el arte de vanguardia y, sobre todo, la apertura hacia las posiciones de izquierda radical y feminista, favorecida además por sus amigas Maruja Mallo, Clara Campoamor, Matilde Huici y otras.

Y un día de mediados de julio de 1921, César abrió el mirador y describió lo que veía.

NOCHES DE FIESTA

La verbena
de
Chamberí

Bajo mi balcón han levantado el aduar de la verbena. Varias docenas de hombres trabajaron afanosamente: construyeron barracas, tiendas, carpas; instalaron los columpios, las voladoras, la ola giratoria, el pesebre de la mula con seis patas, la caseta de la mujer araña, la cámara luminosa de la fotografía al minuto. Las mujeres preparan la comida en las veredas, mientras sus hijos juegan fraternalmente con los perros. Todos los niños de la vecindad están en la calle. Han surgido como una invasión de hormigas.

Centenares de gentes rien las peripecias de los muñecos corredores, juegan en las loterías, beben horchata, se retratan, se embriagan de velocidad en los columpios. Un enjambre de criaturas sofocadas por el calor y el polvo hierve en la calle. Nos ensordece la música estridente e incansable de los organillos. Y ninguno de los vecinos a los que nos gusta trabajar en la noche podemos hacer nada. Nuestras noches, de ordinario tan apacibles, se han convertido en agitadas noches de mercado.

Pero la calle está contenta. Desde que llegaron los primeros trastos de la verbena no han vuelto a cerrarse los balcones. Apenas atardecido salen las mujeres a conversar alegremente en los portales. Los chiquillos se anticipan el placer de un viaje en velocípedo, contemplando absortos los velocípedos que aún están quietos bajo sus cobertores.

El café de la esquina ha engalanado su terraza con cadenetas de colores y bombillas eléctricas. Este café ha sido como una anticipación de la verbena. Vino hace dos meses. Abrió sus puertas sin ningún anuncio previo. Pero nadie quiso ir a beber su cerveza ni a tomar su café. Todas las noches dos ciegos tocaban música de zarzuela, mientras los camareros hacían comentarios en un rincón. Ahora le ha llegado al fin su instante de alborozo. Ya está lista la terraza. Ya han venido las ágiles chicas del barrio.

¡Ocho días de verbena para los buenos vecinos de Chamberí! Las acacias han comenzado a florecer. Los gramófonos tienen discos nuevos. Están rosadas las mejillas de todas las Cármenes. Para todos hay alegría en el aire. Para el áspero ciudadano inscrito en la Casa del Pueblo y para el pequeño español que se pone ufano un gorro de papel...

Aquella vecina modista no cose estas noches. Estas son noches de tomar billetes de la tómbola, para ganar una silla de mimbre. Los niños de la portera y los del principal tocan trompetas de cartón. Y las niñas de al lado van atrailladas, bajo la férula de su papá, a tomar horchata legítima de Valencia...

¡Todos los sanos placeres de la verbena por treinta céntimos!

Las viejas oriundas del barrio esperan que venga la señora Infanta. Luego de verla irán a rumiar en corro los chismes de la vecindad. Y después, en las tardes, sentadas en la vereda, seguirán hablando de las mismas cosas hasta que las ahuyente el fresco de otoño.

Algunos hombres elusivos vemos desde nuestros balcones, el bullicioso y espeso jolgorio de los vecinos de Chamberí y oímos, al amanecer, el canto pertinaz de los borrachos. (El tabernero está muy alegre). Y nuestros balcones, como los demás, están curiosamente abiertos sobre la verbena.

CESAR FALCON

En 1926, Irene abandonará la casa de Trafalgar cuando, aún menor, huya de ella y de España para iniciar su vida en común con César en Londres, y para iniciarse también en una prolífica carrera de corresponsal en el extranjero. A la vuelta de ambos (y de su hijo), en los primeros meses de 1930, se meterán de hoz y coz en la actividad política y cultural que conducirá a la República, ya desde posiciones declaradamente comunistas. Ella misma lo recordaba, ya de muy vieja: “Los años siguientes, hasta el 34, serían de una actividad brutal, enloquecida, y determinarían mi vida. ¡La cantidad de proyectos que íbamos a emprender!”

José Sierra